

militarismo actual se apoya en el qui-jotesco discurso ensalzando las armas sobre las letras, y replico: el objeto atribuido a las armas en el pensamiento de Cervantes es la paz, el mayor bien que puede desear el hombre, y los revolucionarios, si abominamos las guerras encaminadas al predominio, la tiranía y la explotación, luchamos, y en tal concepto recurrimos a la fuerza y a las armas, porque, conociendo la grandeza y la inmanencia del derecho,

tenemos presente que un estadista del siglo pasado, especie de santo padre de la Iglesia del Privilegio que azusaba a los burgueses diciéndoles: «¡Enriquecéos, enriquecéos!» dijo también como justificación de los usurpadores e insulto a los proletarios desheredados: «El derecho no es nada cuando no se cuenta con la fuerza para que prevalezca».

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

II

La necesidad de la asociación es madre de la moralidad y además del desarrollo de la humanidad. No hay discusión posible sobre este punto.

Desde el origen, como lo demuestra Bagehot, el progreso más sencillo y más elemental *del hombre* ha necesitado para desarrollarse de la cooperación *de los hombres*. Lo que un hombre y una familia pueden inventar para sí mismos es muy limitado. Además no pueden asegurar lo que pueden producir; no pueden gozar de ello con seguridad. Por mucho que se penetre en las profundidades de la primitiva historia, no se hallan en parte alguna huellas de progresos aislados. El esbozo más grosero de sociedad, la tribu más elemental, la coordinación más débil tienen tal superioridad sobre el hombre solo, que éste debió cesar pronto de vivir en la soledad. Y como las tendencias hereditarias se dirigen cada vez más hacia la asociación, ésta ha llegado a ser el principio orgánico de la moral natural y humana.

«La sociedad—dice Espinas—progresas por efecto de una extensión creciente de los sentimientos simpáticos, y a menos que el interés se sobreponga, es preciso que la piedad, la generosidad y el amor intervengan constantemente para impulsar a que dé un paso la solidaridad humana. La inteligencia puede abrir la vía, pero no da el impulso; toda virtud es espontaneidad en su raíz».

Hemos sentado sumariamente que la moralidad tiene su principio, no en una revelación o en un imperativo categórico cualquiera, sino en la *asociación*. Si quisiéramos remontarnos a la más alta explicación de la socialidad, llegaríamos a preguntarnos si esta tendencia que lleva al hombre a unirse con sus semejantes, a identificarse con todo lo que vive o existe, tiene su origen en la gran ley de atracción universal que rige y hasta constituye toda materia.

Esta inclinación es innegable; el ser más egoísta no concibe la vida sin el universo: el no-yo, la unión, la asociación son las condiciones mismas de la vida.

La naturaleza misma de las cosas, la unidad fundamental del mundo lo quiere así. No somos más que la forma pasajera de una fracción infinitesimal del gran todo a cuyo seno volveremos. Y la moral, que marcha en razón de la agrupación, que es el efecto más inmediato de la ley de gravitación, dimana de la gran ley de atracción universal aplicada a los organismos vivientes. Está, pues, contenida, implicada en la constitución misma de toda materia.

Henos aquí lejos de todos los misticismos y de todos los dogmatismos, cualesquiera que sean.

«La moral—decimos con André Lefevre—no es más que logomaquia